

Domingo V T. O.

La Homilía S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
(Mt 5,13-16)

El encargo del Señor: ser sal que da sabor, ser luz que ilumina

Hemos escuchado en el Evangelio a Jesucristo que nos dice:

“Vosotros sois la sal de la tierra...Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.”

Nos pide el Señor ser sal que da sabor a nuestra historia, ser luz que ilumina nuestro mundo. Ese es el encargo del Señor.

Frente a lo que nos dice el Señor, lo que quieren algunos

En el ámbito social se va difundiendo una mentalidad laicista que promueve un desprecio o ignorancia de lo religioso, relegando la fe a la esfera de lo privado y oponiéndose a su expresión pública. Una mentalidad que no respeta la libertad religiosa, y que quiere que guardemos la “sal” en el salero y que escondamos la “luz” debajo del celemín sin que alumbre en la vida pública

Las causas de la privatización no sólo están fuera, también anidan dentro de la Iglesia. Cristianos de la ausencia

Es probable que desde fuera de la Iglesia se aliente esas actitudes. Pero quizás también los mismos creyentes hemos alimentado esta actitud, que relega la fe a la esfera de lo privado, oponiéndose a su expresión pública y hemos guardado la sal en el salero, sin dar sabor a nuestro mundo, y hemos escondido la luz debajo del celemín sin alumbrar nuestra historia.

Sería la actitud de los **espiritualismos desencarnados** que, pretendida o inconscientemente, dejan el mundo y su organización al margen de sus compromisos religiosos y creyentes. Piensan que la religión no se debe “meter” en las cosas de este mundo. Lo importante sería salvarse en el “más allá”, un más allá que nada tiene que ver con este mundo. Se “privatiza la fe”, se la reduce al ámbito privado de la conciencia individual, al margen de las mediaciones políticas, económicas, sociales y culturales desde las que va forjando el hombre su propio futuro y el futuro de la humanidad. Son creyentes de la ausencia: esconden la luz bajo el celemín, han vuelto sosa la sal del Evangelio y no dan con ella “sabor” a nuestro vivir y “convivir”

Hemos de reconocer que se dan entre nosotros estos “cristianos de la ausencia”: ausentes del compromiso de ser luz y sal en medio del mundo como nos mandó el Señor. Que consideran



como ajena a su condición de creyentes evangelizar, es decir llevar la luz y la sal del evangelio a los ambientes del mundo.

Cristianos mediadores

“No te pido que los saques del mundo - decía el Señor-, sino que los preserves del mal” (Jn 17, 15) Jesús quería a sus seguidores inmersos en el mundo, con una presencia que fuese luz y sal en medio de ese mundo, ordenando ese mundo según los planes de Dios. Siendo en el mundo mediadores de su amor.

No, no podemos recluirnos en la vida privada. La fe no es un asunto privado, la fe tiene una dimensión pública que nos exige ser en el mundo luz y sal. Ni nos recluyamos nosotros, ni quiera nadie recluirnos en la vida privada. Sería esconder la luz, dejar sin sabor la sal del Evangelio. Sería dejar de ser testigos, misioneros, negar nuestra identidad y la de nuestra Iglesia, que es sacramento de salvación para el mundo. Sería desoír el encargo del Señor: *Vosotros sois la sal de la tierra, sois la luz del mundo.*

¿Cómo estoy siendo “sal de la tierra” y “luz del mundo”?

¿Qué podría hacer para ser más “salado” y “luminoso”?